

Gonzalo Hidalgo Bayal

LA PRINCESA Y LA MUERTE

Un libro de relatos encadenados para lectores de 8 a 88 años

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

1. El honrado pescador
2. El monstruo de siete cabezas
3. El escarabajo
4. El hijo del carpintero
5. El mercader
6. La caja de plata
7. La princesa azul
8. El anillo
9. Pleamar
10. El pacto
11. El caballero y la muerte
12. El juglar
13. Las hijas del rey
14. El pozo
15. El último caballero
16. El idiota
17. El caballero errante
18. El gesto
19. La princesa feliz

20. Los sueños

21. El espejo

Epílogo. ¡O Ko-si! ¡O Ko-si!

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

Según cuenta Gonzalo Hidalgo Bayal en el Epílogo, todo empezó como un delicioso reto que se propuso para caminar junto a su hija por la playa: «Durante cuatro años, en el paseo matinal que nos llevaba desde la casa azul a las barcas de los pescadores, yo inventaba o improvisaba un relato unipersonal, fábula para un solo oyente que, al final, emitía su veredicto y aprobaba o desaprobaba... Si la fábula había merecido el visto bueno, yo escribía por la tarde la historia». Así surgieron estas maravillosas veintiuna fábulas que el lector puede ahora disfrutar, como variaciones encantadoras sobre reyes y princesas, caballeros y pretendientes, dragones y muerte... Pero también sobre mucho más, porque los temas y los personajes se fueron ampliando con toda naturalidad y las fábulas acabaron hablando «del amor, de la lealtad, de las paradojas del poder o de la justicia, de los límites de la verdad y de la apariencia».

A Blanca Hidalgo

1

El honrado pescador

Cuando raptaron a la hija del rey, la aflicción y el infortunio se extendieron como una maldición por el territorio. El rey pasaba los días lamentándose en la sala de audiencias, sin que consejeros ni bufones lograran proporcionarle consuelo alguno, y durante la noche, a solas en su cámara, se entregaba a suplicios terribles y secretos. Los súbditos derramaban lágrimas amargas a todas horas, conmovidos en la sencillez de su corazón por el destino de la princesa. Antes, sin embargo, de que la desidia del monarca se tornara contra su propio pueblo, los consejeros lograron arrancarle la promesa de que daría a la princesa en matrimonio a quienquiera que la rescatase. El edicto real se propagó por el reino y enseguida acudieron pretendientes de los lugares más remotos, jóvenes valientes, galanes aguerridos, caballeros ambiciosos, que aspiraban a la mano de la princesa y estaban dispuestos a morir por su hermosura. Juntos, o por separado, siguieron las huellas del azar, los mil rumores de un paradero oculto: recorrieron los caminos silvestres, se internaron en la aspereza de las montañas, cruzaron las fronteras enemigas, exploraron las islas más próximas, pero unos y otros fracasaron y no pocos perdieron la vida en el empeño. La tristeza del rey alcanzaba proporciones tan sobrehumanas que a menudo se transformaba en una desesperación devastadora y cruel. Los súbditos, por su parte, sufrían con resignación aquellos embates de la fatalidad que no sólo parecían no tener fin, sino que

se acentuaban con los días. Hasta que una mañana acudió a palacio un humilde pescador asegurando que rescataría a la princesa si el rey le concedía antes un deseo. «Concedido», dijo el rey sin escuchar la súplica y urgiendo al pescador a emprender sin más tardanza la búsqueda. Se fue, pues, el pescador y, en efecto, al cabo de tres semanas hubo noticias de que volvía con la princesa. Un numeroso séquito acompañó al héroe en su regreso y el rey dispuso un recibimiento triunfal. Cuando llegaron a la ciudad, el pescador, coronado por la multitud con los atributos de la gloria, avanzó solemnemente, junto a la princesa, por un pasillo entusiasta de súbditos y vítores, desde la muralla hasta el trono, donde se puso de rodillas ante su majestad. El rey abrazó a su hija lleno de alegría, sin ocultar la emoción de sus lágrimas. Después, compuesta la figura, manifestó su agradecimiento al pescador y su disposición a satisfacer el deseo aplazado. «Majestad», dijo humildemente el pescador, «no puedo aceptar la mano de la princesa.» Los ojos del rey se llenaron de cólera al oír tales palabras y de su mirada manó sangre y manó fuego. «Ahorcadlo», dijo lleno de furia. Pese a la intercesión de la princesa, los verdugos apresaron inmediatamente al pescador, pues nadie desafiaba impunemente la voluntad real, y lo condujeron al patíbulo. La muchedumbre contempló con horror la ejecución, pero un sentimiento de lástima y de miedo en-mudeció los corazones. Y, entre el coraje y el pánico, nadie advirtió la presencia doliente y silenciosa de una mujer muy joven, una mujer acostumbrada a las esperas inciertas e interminables del atardecer en la soledad de los acantilados. Durante tres días y tres noches se balanceó el cadáver en la horca, mecido apenas por la quietud del viento y por los silencios de la oscuridad, pudriéndose poco a poco bajo el vuelo sombrío de los cuervos. Entretanto la compasión se atenuó hasta convertirse en veredicto y pronto fue opinión unánime que la muerte del pescador había sido justa y necesaria, porque nadie puede despreciar con arrogancia a la hija del rey.



2

El monstruo de siete cabezas

Cuando el caballero emprendió el camino para rescatar a la princesa, ignoraba que tendría que atravesar diversos territorios y que tendría que superar numerosos obstáculos, pero, en cualquier caso, era tal su determinación y tanta su habilidad que, aunque lo hubiese sabido, no hubiera de-jado por ello de emprender el camino. Fue así, pues, como anduvo largo tiempo re-corriendo distintos reinos, preguntando aquí y allá por el paradero de la princesa, sufriendo penalidades sin cuento y saliendo siempre a la postre victorioso en cada lance de peligro. Hasta que un día llegó a las murallas de una gran ciudad, en un reino desconocido para él, y se encontró con que la puerta estaba custodiada por un monstruo de siete cabezas que lanzaba gritos estremecedores. El caballero no lo sabía, pero aquel monstruo tenía aterrorizada a la ciudad, en la que no dejaba entrar a nadie y de la que tampoco dejaba salir a nadie, porque, cada vez que alguien lo intentaba, el monstruo lanzaba su aullido desgarrado y, ante el si-lencio del intruso, lo devoraba en un santiamén. Los habitantes de la ciudad habían decidido nombrar rey a quien los libera-ra del monstruo y muchos lo habían intentado, pero todos habían perecido en el in-tento. De hecho, hacía ya años que nadie lo intentaba y en la ciudad pasaban hambre y sufrían privaciones y el monstruo se aburría en la puerta y bostezaba con temblores convulsos por sus siete cabezas. Fue entonces cuando llegó el caballero y cuando el monstruo

lanzó su horrísono bramido. A medida que el caballero se acercaba, el monstruo emitía su alarido con mayor avidez o con mayor cólera, y el caballero, prestando mucha atención a las repeticiones, a veces entendía un rugido desgarrado: «Rctsrneoeeee-eognpcpxrnrndtsiueuemsms», a veces un amasijo informe de ruidos animales: «Nrstcroeeeeeoenrxpcngstdnieueusmms». Entonces el caballero decidió provocar al monstruo para incitarlo a repetir su aullido y así, poco a poco, fue logrando captar sonidos animales, vocales y consonantes amontonadas con furor por la naturaleza simultánea de la bestia. Y así fue desentrañando y descodificando el sentido oculto del signo, pues enseguida supo que aquello no eran gritos, sino frases, porque el monstruo pronunciaba una palabra con cada cabeza y hablaba con todas las cabezas a la vez. Como el caballero había pasado por tantos reinos había adquirido el don de lenguas y por eso, cuando oyó el grito del monstruo ordenado por cabezas: «Regnumcondestecumseptemrexerison», entendió que dijo: «*Regnum condes tecum septem rex eris non*», una palabra con cada cabeza. Enseguida descifró el caballero la cruz del enigma mascariento y respondió adecuadamente con la cara: «*Regnum condes tecum septem reges erunt*». En aquel momento, el monstruo, al oír por vez primera la réplica correcta a su lamento, se lanzó dando alaridos desde la muralla y fue rebotando en las peñas y en las rocas y rodó por los precipicios hasta caer muerto a orillas del mar. Entonces los habitantes de la ciudad, como vieron su liberación (pues tenían la costumbre de salir cada vez que el monstruo lanzaba su perorata a los intrusos), recibieron con parabienes al caballero, lo agasajaron y durante siete días celebraron fiestas en su honor, porque con él había cesado el pánico y retornado la alegría. En esto llegó el séptimo día, en que tenían que coronarlo rey, tal y como los ciudadanos habían prometido. Cuando el caballero lo supo, les agradeció la intención, pero rechazó la corona porque su destino le impulsaba a rescatar a la princesa. La asamblea de ancianos se enojó sobremanera con aquella negativa y, tras muchas deliberaciones, lo condenaron a muerte. Lo ahorcaron a la salida de la ciudad, en un lugar desde el que se veía abajo, al fondo del precipicio, el cuerpo destrozado del monstruo de las siete cabezas, de cada una de las cuales manaba, como una

burla postrera, la podredumbre del tiempo y de la muerte.

3

El escarabajo

El caballero siguió devanando el hilo del destino, de modo que, como otras tantas mañanas desde que salió del reino, avanzó con audacia, por un territorio áspero y tórrido, en pos del lugar en que daría término a sus sufrimientos y alcanzaría por fin el premio a sus desvelos. El caballo avanzaba cansinamente en tanto el caballero rumiaba con desasosiego pensamientos sombríos o descifraba con tristeza los augurios funestos de la empresa. Al atardecer, el caballo se detuvo junto a una encina y el caballero consideró que era un sitio adecuado para descansar. Apoyó la espalda contra el tronco y pasó la noche en duermevela, mecido por el sueño y el sonido del viento, arrullado por el lúgubre graznido de la lechuza y el cuchicheo de los duendes de la sombra. Se despertó muy temprano, con la primera luz, y se dispuso a enhebrar una vez más, con desánimo creciente, el hilo del destino. Entonces vio los afanes de un escarabajo acarreado una bola de estiércol. Frente a las grandezas de reinos y vasallos, le estremeció la insignificancia y la tenacidad del insecto. Se entretuvo siguiendo aquella peripecia lenta y esforzada y, sin apenas darse cuenta, se le fue el día entero acechando la labor inútil del escarabajo. Cuando estaba a punto de llegar la noche, el escarabajo depositó su carga en una cueva secreta. Allí descubrió el caballero con asombro que la bola que transportaba el animal con tanta fatiga no era sino la perla sucia de un collar roto. A la mañana siguiente acompañó de nuevo al

escarabajo en su tarea, y a la siguiente, y así un día tras otro, comprobando cómo la cueva se llenaba poco a poco de innumerables tesoros. De esta forma olvidó el hilo del destino y se convirtió en el guardián de la cueva. Pasaron días y días, y años y años, en los que el caballero vivió como un anacoreta y el escarabajo acarreaba más y más materiales preciosos. Una tarde, cuando llegaron de la expedición, advirtieron que los ladrones habían asaltado la cueva y la habían dejado vacía. El escarabajo soltó su carga como siempre, dispuesto a empezar otra vez desde el principio, pero el caballero vertió amargas lágrimas y lamentó con gran aflicción su desventura. Había salido años atrás para rescatar a la princesa sabiendo que, si lograba su propósito y vencía las asechanzas del camino, se casaría con ella y se convertiría en rey del territorio, pero, al encontrar al escarabajo, había olvidado el objetivo de la aventura, había sacrificado la lealtad al éxtasis del oro, y ahora se avergonzaba, porque ya no quedaba otro remedio que el remordimiento y la soledad ingrata de la cueva, cuyo eco propagaba por todas las grutas de la tierra la lúgubre tribulación del caballero.

4

El hijo del carpintero

Cuando el hijo del carpintero cumplió diecisiete años, se dispuso a cumplir también el destino que predijeron los oráculos en el día de su nacimiento, así que abandonó la aldea y se encaminó al palacio del rey para conquistar la mano de la princesa y convertirse en heredero del trono. Tendría que superar numerosos peligros en el trayecto, pero, según los augurios, sólo uno de ellos era tan espantoso y extraordinario como para impedir el logro de su objetivo. «Cuídate de las insidias y asechanzas del guardián con un parche en el ojo izquierdo, porque ni el fuego ni la cólera darán tregua a su maldad», había dicho el oráculo. De modo que el hijo del carpintero recorrió los bosques y cruzó los ríos y atravesó las montañas del país camino del palacio, venciendo sin dificultad los obstáculos que salían a su paso, porque era intrépido y valiente. A la orilla del mar, en efecto, en los restos de un barco que había naufragado tiempo atrás, encontró a un viejo pirata con barba y un parche en el ojo izquierdo. Al hijo del carpintero le pareció una persona inofensiva y nada terrible, incluso afable, pero, cumpliendo su destino, lo mató con un golpe de remo en la cabeza y lo arrojó al agua. Después, aunque con el remordimiento de haber dado muerte tal vez a un hombre inocente, siguió su camino con alegría, seguro y confiado, sintiéndose ya dueño del corazón de la princesa. Y así llegó a la ciudad. Pero apenas llamó a la puerta de la muralla, los centinelas lo acusaron de haber asesinado al marinero predilecto

del mo-narca, lo detuvieron y lo condujeron a los tribunales de justicia. Fue entonces, al en-contrarse ante el juez, cuando el hijo del carpintero maldijo entre dientes la fatalidad de los designios divinos, pues la severidad del magistrado que lo observaba desde el estrado lucía un parche en el ojo izquierdo y un rayo de cólera y de fuego en el de-recho.



5

El mercader

Camino de las tierras pardas del gran bestión, en su áspera travesía por desiertos y montañas, los raptos de la princesa llegaron a una populosa ciudad en la que se encontraron con un rico mercader. Se presentó ante ellos con arrogancia, exhibiendo su riqueza, y les ofreció una inmensa suma de dinero por la hermosa cautiva alegando que deseaba convertirla en su esclava, pues se había prendado de su belleza. Los raptos se miraron entre sí con desconfianza, intercambiaron signos equívocos de picardía y examinaron con insolencia a la princesa. En la incertidumbre y la codicia que se dibujaba en los ojos de los bandidos vio el mercader claros indicios de que, antes o después, terminarían aceptando sus monedas de oro. Sin embargo, los raptos sabían que si se presentaban ante el gran bestión sin la princesa pagarían con su vida la traición y decidieron discurrir un modo de saciar su avaricia sin defraudar la sanguinaria autoridad de su señor. Para asegurarse la colaboración de la princesa, le preguntaron si prefería ser la favorita del gran bestión o la esclava de un rico mercader y, ciertamente, la princesa prefería ser cautiva antes que esclava, porque siempre son más misericordiosos los enemigos que los amos. Entonces los bandidos se retiraron a deliberar durante un día y emplazaron al mercader para el amanecer del día siguiente. Durante varias horas maquinaron engaños, torpes e ingenuas mezquindades, celadas infantiles, y cuentan que fue la propia princesa la que, temiendo un

porvenir errante y cargado de zozobras, trazó un plan para liberarse del mercader y seguir el camino hacia el territorio del gran bestión. Así, al amanecer del día siguiente, tal y como habían acordado, los raptos buscaron al mercader y cerraron el trato. El mercader entregó a cada bandido una bolsa llena de oro y los bandidos le entregaron a cambio a la princesa. Los bandidos se alejaron apresuradamente con el botín y, apenas los perdió de vista, el mercader abandonó la ciudad. Durante toda la mañana la princesa y el mercader cabalgaron en silencio. A mediodía llegaron a una innumerable encrucijada, junto a la cual languidecía una posada siniestra. La princesa se quejó amargamente de hambre y cansancio, pero el mercader no hizo ademán de detenerse. Tampoco le asaltó la menor duda para elegir un camino entre tantos: tomó sin vacilar un leve sendero que discurría paralelo a un pequeño río. La princesa aseguró entonces que era preferible el camino del oeste, que, aunque más largo, era menos peligroso, y, más por devoción que por convencimiento, el mercader aceptó el consejo de la princesa y siguió el camino del oeste. Al cabo de media legua, la princesa volvió a quejarse de hambre y de cansancio. Bajaron, pues, de los caballos y se sentaron a la sombra de unos árboles. Considerando que habían superado los peligros inmediatos, el mercader le confesó a la princesa que no era un mercader, sino un caballero enviado por el rey para salvarla y devolverla cuanto antes al palacio. Sabiendo que los bandidos se dirigían hacia las tierras pardas del gran bestión y que le sería difícil enfrentarse a todos ellos en campo abierto, ideó una estratagema y se vistió con ropas de mercader para conseguir sin riesgos el rescate de la princesa. Según iba relatando los pormenores de su ingenio una mueca de horror creciente ensombrecía el semblante de la princesa. Al caballero, sin embargo, no le dio tiempo a temer nada, ni siquiera a sospecharlo, porque, antes de que se desvaneciera la sombra de aquellos ojos claros, los bandidos se abalanzaron sobre él salvajemente y lo apuñalaron sin piedad. Y allí, a media legua de la encrucijada, a la sombra de un árbol que todavía es conocido como el árbol del mercader, quedó muerto el caballero, mientras los bandidos, después de despojarlo de todas sus riquezas y repartirlas entre ellos, se encaminaron hacia los dominios del gran bestión con la princesa nueva y definitivamente prisionera.

6

La caja de plata

Cuando el rey consideró llegado el momento de casar a su hija e hizo pública la convocatoria matrimonial, lo que más difusión tuvo entre súbditos y vasallos y, sobre todo, entre los caballeros del reino que aspiraban a conseguir su mano, fue la condición impuesta por la propia princesa para elegir marido. «Sólo podré amar», dijo la princesa, «a quien esté dispuesto a morir por mí.» Tal vez por eso, en lugar del ingente número de caballeros que se esperaba, pues todos estaban convencidos de que acudirían desde los más alejados confines del territorio, sólo fueron apareciendo, muy lentamente, como con desgana, algunos jóvenes atrevidos o algunos viejos codiciosos. Tal vez también por eso la princesa se enojó, pues, acostumbrada a los caprichos de palacio, soñaba con tener decenas de caballeros a sus pies, sufriendo, pendientes sólo de su decisión. De modo que lo que se pretendía celebrar como una gran fiesta de amor llevaba camino de convertirse en un torneo insulso entre caballeros secundarios, en número escaso y de renombre exiguo. Se dio, además, la circunstancia de que algunos caballeros que no tenían conocimiento exacto de las palabras de la princesa o que ignoraban su verdadero alcance, después de merodear algunos días por los alrededores de palacio, tomaron el camino de regreso a sus hogares o se retiraron a los campamentos exteriores para asistir a la fiesta desde fuera, sin participar, sólo como espectadores de un desenlace probablemente turbio y desdichado. Los

juglares cantaban las penas de la princesa, que desde sus dependencias seguía con lágrimas de rabia la escasa afluencia de caballeros o su deserción tras conocer las rigurosas condiciones del amor, y de hecho algún juglar que se mostró compasivo fue condenado a la horca por cantar la verdad. El caso fue, pues, que cuando se cumplió el plazo dado por el rey, tras el penoso desfile de caballeros curiosos o desaprensivos o cobardes, sólo habían quedado finalmente siete pretendientes. El rey los convocó solemnemente a la sala de audiencias para que los examinara la princesa y allí se presentaron los siete, gallardos y aguerridos, dispuestos a una tarea verdaderamente difícil: obtener la mano de la princesa y sobrevivir. En el rostro de la princesa se apreciaba la sombra de una pesadumbre otoñal, el reflejo de una contrariedad profunda, porque ella había imaginado setenta veces siete caballeros pidiendo su mano y grandes combates cruentos de amor. De modo que ahora miraba a cada uno de los caballeros sin verlos o a todos en conjunto con la mirada puesta en la ausencia de los otros, añorando a los que no habían venido o a los que se habían ido después de venir. No obstante, para cumplir los trámites legales, los fue examinando uno por uno, sin orden, caprichosamente, nadie sabe si dispuesta a arrojarlos rápidamente de la sala de audiencias o si buscando alguna razón cautiva en los ojos y en el pensamiento de cada uno. Hizo una primera ronda desgana y ritual, una primera pregunta general articulada siete ve-ces. «¿Estáis efectivamente dispuesto a morir por mí?», fue preguntando a uno tras otro. Todos respondieron que sí. «¿Por qué?», preguntó de nuevo, en segunda ronda, a uno tras otro. «Por amor», dijo el primero. Y a la princesa le pareció tan absurda la respuesta que no pudo contener la ira. «¡Fuera!», dijo señalando con el dedo extendido la puerta de salida. Y el caballero desechado abandonó la audiencia torpemente, procurando no manifestar la huella de la humillación. «Porque sin vos tampoco podría vivir», respondió el segundo. Y la princesa tampoco supo reprimir su cólera ante aquella falsa declaración de amor artificial inventada por poetas. «¡Fuera!», dijo de nuevo con la mano extendida. «Bien lo merece vuestra hermosura», dijo el tercero. Y aunque a la princesa no le enojó en exceso la frivolidad, repitió la orden con energía. «¡Fuera!», dijo. «Por la fama de vuestra virtud», dijo el cuarto caballero. Y la princesa, que nunca

había soportado el halago mentiroso ni la hipocresía que reduce a condición moral los atributos de la belleza, gritó de nuevo: «¡Fuera!». El quinto caballero no articuló palabra, se limitó a arrodillarse ceremoniosamente ante la princesa, que, en un raptó de humor, señaló también la puerta sin hablar. El sexto caballero, por el contrario, habló extensamente. «Yo no quiero morir por vos», dijo, «sino vivir por vos, porque vuestro deseo es imposible de cumplir. Yo os amo, princesa, pero, si muero, ¿de qué me sirve vuestro amor? Y si sólo con mi muerte podéis creer que mi amor es verdadero, ¿para qué os sirvo muerto?» A la princesa le sorprendió la agudeza de aquellas manifestaciones y, por primera vez, no dijo ¡fuera! con desprecio. Sin hacer ningún comentario preguntó al séptimo caballero. «Por lealtad», se limitó a responder éste. Y como la princesa no lograra entender el sentido de aquellas palabras le pidió que se explicara. Pero el séptimo caballero no era hombre elocuente ni de hábil retórica. Sólo dijo: «La lealtad está antes que el amor». En ese momento comprendió la princesa que el séptimo caballero no la amaba y, tal vez por eso mismo, lo declaró el preferido de su corazón. Imaginó un futuro fugaz tratando de conseguir su amor y lamentó no haber despedido al caballero anterior, porque en-tonces hubiera elegido, sin dudarlo, al séptimo caballero, pero, puesto que el anterior, que no carecía de ingenio, ya había sido distinguido con el permiso de presencia y había adquirido, por tanto, un derecho de lucha, la princesa se quedó durante un momento perpleja, sin saber qué hacer o temiendo hacer algo por primera vez en su vida, sabiéndose responsable de su decisión. Sin embargo, no podía dejar de cumplir su propósito y, como el caballero que recibiera su amor debería demostrar primero que estaba dispuesto a morir por ella, se decidió que ambos pretendientes se enfrentaran en singular torneo. Y así fue. Ante el clamor y la expectación general, los caballeros salieron a la plaza para celebrar el combate el mismo día de primavera en que la princesa cumplía diecisiete años. El sexto caballero, ufano y galante, salió dispuesto a vencer. El séptimo caballero, resignado y leal, salió dispuesto a morir. Y como la estadística del azar indica que el destino termina siempre por cumplirse, un caballero venció y otro murió. Entonces la princesa arrojó de la corte al caballero vencedor, que había sabido luchar, pero no morir, y abrazó el

cuerpo moribundo del séptimo caballero. Tras su muerte, colocaron la cabeza en una caja de plata y se la entregaron a la princesa, que la llevó consigo al remoto castillo al que se retiró a desgranar una y otra vez, interminablemente, la triste paradoja del amor y de la muerte y donde vivió el resto de sus días y de sus noches, en absoluta desolación y soledad, urdiendo delirios de bálsamo y pasión frente a la caja, entregada a veces a la locura, a veces a la melancolía.



7

La princesa azul

Cuando, después de muchos y minuciosos preparativos, se casaron finalmente la princesa azul y el caballero vencedor, los festejos se prolongaron en el palacio durante varios días de banquetes, de músicas y danzas. El rey estaba orgulloso y satisfecho, porque adivinaba ya el cumplimiento de su sueño imperial, un porvenir glorioso, lleno de triunfos y esplendor, acaudillado por nietos regios y valerosos. Los súbditos, a su vez, veían con júbilo y alborozo cómo el más grande de sus héroes alcanzaba la cima de la dinastía que gobernaba el territorio desde hacía siglos. Terminadas las celebraciones, un amplio séquito acompañó a la joven pareja hasta el palacio del bosque que el rey había construido para su hija cuando era apenas una niña, en el que la princesa había disfrutado en los estíos de la infancia, en el que había refugiado después sus días de tristeza y soledad adolescente, en el que también había urdido los juegos secretos de la juventud. Ahora, al fin, el palacio del bosque se convertía en la morada de felicidad para la que desde un principio había sido edificado. Acompañados por servidores y doncellas, la princesa y el caballero fueron recorriendo las diversas estancias, cámaras lujosas, miradores luminosos, habitaciones privadas. De pronto, cuando, con galante solicitud, para evitarle todo esfuerzo a la princesa, el caballero extendió la mano para abrir una puerta azul que les salió al paso, la joven esposa se detuvo lívida y cortó en seco el movimiento del caballero. «No»,

dijo casi en un grito. El caballero la miró con menos asombro que sorpresa. «Sólo una condición os impongo para nuestra felicidad», dijo la princesa. Y ante la mirada interrogante del caballero prosiguió con mucha solemnidad: «Jurad ante Dios y antes los hombres que nunca jamás, nunca jamás, nunca jamás, abriréis esta puerta ni entraréis en esta habitación». El caballero vaciló un instante, se sumió brevemente en la hondura de la incertidumbre y finalmente aceptó la propuesta de la princesa. «Lo juro, lo juro, lo juro», dijo tres veces el caballero, en concordancia con la triple negación de la joven. Sólo entonces prosiguieron el recorrido y tomaron posesión entera y definitiva del palacio. Durante días y días la princesa espío el proceder del caballero. Se escondía con sus doncellas detrás de amplios cortinajes o en refugios sigilosos, como en sus juegos de chiquilla, y veían cómo el caballero pasaba alguna vez por delante de la puerta azul sin que en ningún momento flaqueara en el cumplimiento de su promesa. Nunca se acercó a la puerta azul, ni se detuvo ante ella vacilante y pensativo, ni la miró siquiera de reojo al pasar. Era como si la hubiera borrado de su pensamiento para siempre. Salía y entraba en el palacio, recorría los bosques con algunos sirvientes, se dedicaba a la caza y procuraba en todo la felicidad perdurable de la princesa. Así se sucedieron días hermosos y apacibles, días azules y serenos, hasta que de pronto, de manera confusa y desgarrada, llegaron al palacio del rey noticias trágicas y estremecedoras. El caballero había muerto en el bosque degollado por sus propios servidores. Enseguida se tejieron numerosos rumores, tramas de envidias y de celos, asaltos de alimañas, crueles torneos, pero entre todos se alzó uno, terco y caudaloso, que acusaba del crimen directamente a la princesa. Todos los súbditos del rey asistieron un atardecer sombrío al regreso de la princesa viuda y vieron el desvarío de su rostro lívido y altanero, la insondable profundidad de una mirada tan hermosa como inhumana. Quiso el rey consolar la tristeza de su hija y le preguntó una y otra vez por la razón de la tragedia, pero la princesa permaneció callada y esquiva. Algunos cortesanos aseguraron después que, en una ocasión, en una sola ocasión, a solas con su padre, pronunció en voz baja una frase enigmática y abrumadora. «Yo hubiera entrado en la cámara secreta», dijo.

8

El anillo

En cierta ocasión en que el rey se internó en un bosque persiguiendo a una fiera malherida se vio de pronto solo frente al animal y acorralado, de modo que temió por su vida. Estando en esto, acertó a pasar por allí un leñador que, viendo al rey en tan gran apuro y sin saber siquiera que aquel hombre fuera el rey, se interpuso entre él y la fiera blandiendo el hacha. Pero la fiera, sin distinción en el acoso, embistió contra el leñador y se enzarzó con él en singular pelea. Desgraciadamente, ambos murieron. El leñador acabó con la vida de la fiera al mismo tiempo que la fiera acababa con la vida del leñador. El rey quedó tan vivamente impresionado por aquel acto de valentía y generosidad que ordenó a sus súbditos que averiguaran inmediatamente quién era el hombre que yacía muerto a sus pies. Enseguida los siervos del rey se dispersaron por los contornos, se apostaron en los cruces de caminos, preguntaron en las cabañas y al cabo del tiempo volvieron con un niño al que habían encontrado en el corazón del bosque. Cuando el niño vio al leñador no pudo contener la nube de sombra que pasó por sus ojos, aunque, ante tan ceremoniosa concurrencia, no se atrevió a manifestar su pesadumbre y contuvo el llanto. Cuando el rey le preguntó si conocía a aquel hombre, el niño dijo que sí con la cabeza. «¿Sabes quién es?», preguntó el rey. «Mi padre», respondió el niño. Entonces el rey se apiadó de aquella criatura desvalida y, sintiendo que la había privado de un padre noble y generoso y

se-guramente bueno, decidió reparar algún día tan inmensa desgracia y elevar al muchacho a algún puesto eminente de su séquito. «¿Cuántos años tienes, hijo?», le preguntó el rey cariñosamente. «Siete», respondió el niño. «Ve al palacio real cuando cumplas diecisiete», dijo el rey. «Responde a quien te pregunte que cumples una orden del rey. Como prueba, si no te creen, enseñarás este anillo.» Y le entregó un anillo en el que estaban labradas las armas y las insignias reales y grabadas las iniciales del nombre del rey. El niño guardó el anillo con sumo cuidado y se sentó en el suelo pensativo al lado de la muerte. Durante diez años vivió en el bosque, donde no sólo fue leñador, como su padre, sino también cazador y pescador y agricultor, porque tenía que ayudar a su madre y alimentar a sus hermanos, que eran pequeños y desdichados, pero, cuando le faltaba poco más de un mes para cumplir diecisiete años, se puso en camino hacia el palacio del rey. Cogió sus mejores ropas, se colgó el anillo al cuello con un cordón, como si fuera una medalla, se despidió de su madre y de sus hermanos y emprendió el camino. Quería presentarse ante el rey el mismo día en que cumpliera los diecisiete años, porque siempre había oído que las órdenes reales tenían que cumplirse en toda su extensión y con total puntualidad. Sin embargo, aun yendo a pie, empujado tal vez por la propia ansiedad, llegó a la corte antes de lo previsto y decidió esperar por los alrededores hasta el día del cumpleaños. Supo así que se iba a celebrar un torneo en el que participarían los mejores caballeros del reino y en el que, como premio, el vencedor obtendría el privilegio de inaugurar el baile real con la princesa, una encantadora joven de dieciséis años, en la que todos alababan su hermosura, su discreción, su simpatía y su gracia. Para no presentarse ante el rey con las manos vacías, sino con valentía acreditada, no tuvo el joven mejor ocurrencia que participar en el torneo y, como era avisado, pronto consiguió que gente bondadosa le prestara ropas de caballero y un caballo y armas para el combate. Y así fue como entró en el torneo y como, gracias a los ejercicios y las fatigas padecidos en el bosque, fue derrotando uno tras otro a todos los jóvenes con los que le tocaba enfrentarse. Nadie lo conocía y muchos se hacían preguntas sobre el secreto misterio de aquel joven apuesto y ágil, buen luchador, experto con las armas, si bien un tanto heterodoxo con los procedimientos habituales de la lucha

palaciega. El caso fue que a medida que iba derrotando adversarios fueron creciendo también su prestigio y los rumores del misterio. Y así, porque los designios del azar son tan oscuros como tortuosos y suelen recrearse en funestas coincidencias, llegó el día en que venció finalmente al último aspirante al mismo tiempo que cumplía diecisiete años. Lo condujeron como vencedor hasta la presencia del rey, a cuyo lado se encontraba la princesa, a la que el joven apenas se atrevió a mirar. El rey elogió su habilidad y su destreza y le sonrió con simpatía. El joven, ruborizado, no sabía qué hacer. Reconoció en las palabras y en la voz y en el rostro al mismo hombre con el que habló en el bosque de niño y se disponía a decirle que acababa de cumplir diecisiete años, cuando una voz enérgica y despechada de entre el público se le adelantó. «Es un impostor», dijo la voz. El rey hizo salir al que había hablado para pedirle explicaciones. Era un noble mezquino, tal vez el padre de alguno de los jóvenes a los que había vencido el joven del bosque, empeñado en demostrar que el vencedor del torneo no era caballero ni podía serlo, porque se trataba de un simple leñador. Las pruebas que aportó fueron tantas y tan concluyentes que el rey tuvo que preguntar al joven. «¿Es verdad, pues, que no eres noble y que has usurpado un puesto en el torneo?» El joven admitió su culpa. «¿Sabes que eso está castigado con la horca?», preguntó el rey. El joven aseguró que no lo sabía. El rey creyó en sus palabras y sintió un hondo pesar por tener que tomar semejante decisión, pero no podía consentir que se burlaran las disposiciones regias, así que lo condenó a morir ahorcado. El ajusticiamiento tuvo lugar inmediatamente, en el mismo patio de armas del palacio. El rey, que se aburría con la crueldad circunstancial y gratuita, no quiso contemplar el espectáculo ni oír las voces de la plebe jaleando la muerte y se quedó sentado en la soledad del trono. Enseguida vino el verdugo a dar cuenta del cumplimiento de la orden y de las incidencias del patíbulo. «Majestad», dijo después de arrodillarse e inclinando la cabeza, «el reo no sólo era un impostor, también era un ladrón. Mirad lo que llevaba al cuello.» Y tendió hacia el rey el cordón con el anillo, que el monarca reconoció enseguida. Entonces una honda pesadumbre se apoderó de él y se retiró a solas a sus aposentos, donde lloró con amargura.



9

Pleamar

Cuando el caballero llegó a las últimas montañas del norte, al reino de los acantilados, en el promontorio donde se levantaba la fortaleza, pensó que ya había cumplido la parte más difícil de su aventura, porque los enemigos que para protegerse requieren tanta colaboración de la naturaleza son comúnmente cobardes y miedosos, de modo que se encaminó, sin mayores precauciones, a la entrada del castillo. Apenas llegó a la puerta, los centinelas le dieron el alto a grandes voces y, aunque conocían sobradamente la respuesta, pues no era el primer caballero que venía con iguales pretensiones, le preguntaron por la razón de su viaje. El caballero no se amedrentó y expuso con palabras vigorosas su coraje y su valor. «Ven-go a rescatar a la princesa», dijo. Enseguida le abrieron las puertas, pero, cuando cruzó los umbrales del castillo, varios esbirros armados se lanzaron sobre él y lo redujeron. Le subieron a la muralla y desde una almena le enseñaron la inmensidad del mar, que golpeaba con violencia abrupta los bajos del acantilado. Le indicaron con la mano una pequeña playa donde algunos hombres se afanaban cerca del agua en tareas insidiosas, excavando en la arena. El caballero pensó que por aquel camino se llegaba a la princesa, pero estaba en un error. Al amanecer del día siguiente, tras permanecer encerrado durante la noche en una mazmorra tenebrosa y húmeda, lo condujeron a la playa maniatado, lo metieron sin miramientos en un agujero de metro y

medio de profundidad y empezaron a arrojar arena sobre él, hasta que todo su cuerpo, salvo la cabeza, quedó enterrado. Lo habían colocado de espaldas a las rocas, para que sus ojos miraran al mar de frente y vieran la desigualdad de un desafío cruel y sin concesiones, ambos contendientes en la misma altitud. Después se fueron los esbirros y el caballero quedó solo ante el destino infinito. A media mañana, como en ocasiones anteriores, empujaron a la princesa hasta las almenas para que contemplara una vez más, con lágrimas en los ojos y el corazón aterrado, con qué insobornable lentitud subía la marea.

10

El pacto

Ocurrieron en cierta ocasión en el reino unos hechos lamentables a los que los poetas dedicaron numerosos cantos y endechas. Se extendió de pronto entre la población un rumor maligno que acusaba a la princesa de atrocidades inimaginables en una muchacha tan hermosa y delicada como ella. La desazón del rey fue tan intensa que durante un tiempo no comió, ni bebió, ni durmió, absorto sólo en la injusticia que se cometía con la princesa, hasta que, sin que se supiera muy bien cómo, ciertas voces anónimas señalaron a un viejo arquero como culpable de la traición y de la afrenta. Entonces el rey, para que el arquero sintiera en su corazón lo que él mismo había sentido oyendo el nombre de su hija en la voz de la infamia, en lugar de castigar al viejo arquero, ordenó detener a un hijo que tenía, un joven apuesto y bondadoso que fue a parar a las prisiones reales. El arquero se presentó humildemente ante el rey no sólo para pedir clemencia, sino también para hacer averiguaciones, pues no sabía qué delito había cometido su hijo ni por qué se le había detenido y encarcelado. El rey, compadecido del arquero, le contó la versión real de los hechos. «Tú has propagado rumores injuriosos contra la princesa que han herido mi corazón», dijo. «Te conviene, pues, saber lo que sufre el corazón de un padre con las injusticias que caen sobre los hijos.» El arquero, que era un súbdito leal, aseguró que jamás había traicionado al rey ni injuriado a la princesa y, a cambio de la libertad del hijo,

se comprometió a buscar al verdadero culpable, a perseguirlo y a atravesar su pecho con una flecha justiciera. El rey se ablandó en su corazón, depuso su cólera y decidió confiar en el arquero, que, por lo demás, nunca hasta entonces le había defraudado. No obstante, como garantía, le puso una condición. «Un año te doy de plazo para que cumplas tu compromiso», dijo el rey. «Si no lo cumples, volverás a entregarme a tu hijo. Él será el precio de tus palabras y pagará, si no por las injurias a la princesa, por la inconsciencia de su padre.» Aceptó el arquero la palabra del rey y, una vez que el joven salió de la prisión, buscó sin tregua ni descanso al villano que había vertido sombra sobre el nombre de la princesa. Durante un año recorrió el reino con su arco interminablemente, indagó con intensidad y con desesperación miserias plebeyas y mezquindades nobiliarias, pero no consiguió encontrar el origen de la afrenta. A medida que vencían los meses, vacíos y estériles, el corazón del arquero se afligía más y más. Hasta que, al cabo de un año justo, expiró el plazo concedido por el rey para cumplir el pacto y, en consecuencia, con infinito dolor, el arquero se presentó ante el trono con su hijo. «Majestad», le dijo, «soy inocente, mas no he conseguido hallar al culpable de tu enojo. Aquí tenéis, pues, a mi hijo.» El rey se entristeció en su corazón, porque apreciaba la lealtad del viejo arquero y entendía que entregarle al hijo para el sacrificio le honraba sobremanera. Entonces se sumió en profundas cavilaciones. Por una parte, los súbditos del rey esperaban que fuera misericordioso, pues en ningún momento había intentado el arquero sustraerse al compromiso ni burlar la palabra empeñada. Por otra parte, la ley es siempre inflexible, siempre inexorable. Entonces el rey reunió a la asamblea de jurisconsultos del palacio para que deliberaran. «Majestad», dijo el portavoz de los jurisconsultos después de muchas horas de discusión, «tras desmenuzar los términos del pacto y las sutiles antítesis de sus ingredientes jurídicos y sentimentales, la asamblea se opone enérgicamente a que la ley quede sin cumplimiento.» El rey solicitó mejores argumentos y el portavoz de los jurisconsultos se los proporcionó con contundencia retórica. «Primero: vuestros súbditos esperaban que, para salvar la vida de su hijo, el viejo arquero no cumpliera su parte del pacto. Segundo: luego, viendo que en el comportamiento del arquero ha prevalecido la palabra dada sobre el amor de

padre, han celebrado con aplausos que cumpliera su parte del pacto. Tercero: ahora esperan que, por haber cumplido el arquero con su parte, vuestra majestad deje de cumplir la suya. Cuarto: si el arquero no hubiera cumplido su parte, los súbditos hubieran reclamado que el rey cumpliera la suya, sin advertir que entonces no se trataría del cumplimiento de un pacto sino del castigo de una infracción. Quinto: si el rey no cumple su parte, el espíritu del pacto será contrario a sus términos y habrá que entender en lo sucesivo que de las dos palabras empeñadas en un pacto sólo habrá de cumplirse una de ellas siempre que no se cumpla la otra, o al revés, de modo que en los pactos siempre el espíritu se opondrá a la letra y la letra se opondrá al espíritu. Sexto: si el rey no cumple su parte del pacto, será misericordioso, pero su palabra nunca será fiable. Séptimo y conclusión: ha de cumplirse la ley.» Y el portavoz de los jurisconsultos añadió una vieja máxima acuñada en oro por los antepasados: «*Ubi rex, ibi lex*». Así pues, en cumplimiento de la ley, el rey ordenó que el joven fuera decapitado. Fue una ejecución triste y sombría, sobre la que se extendieron nubes premonitorias y un eclipse de sol que prolongó durante horas la oscuridad de la tierra. Los adivinos pronosticaron que el monarca no superaría nunca los remordimientos de su decisión y los poetas predijeron que la princesa sufriría para siempre una amarga condena: el olvido de su existencia y su belleza. Sin embargo, el paso del tiempo burló los pronósticos y las predicciones. El viejo arquero murió de pena y con él desapareció la memoria del joven inocente. Los súbditos olvidaron pronto aquel acto de crueldad de ley, el rey siguió gobernando con el concurso de la asamblea de jurisconsultos y la princesa fue feliz. El dolor del arquero y la muerte del joven no trajeron la redención al reino ni la bondad al mundo, porque el heroísmo verdadero sólo florece en el espíritu.

11

El caballero y la muerte

El caballero dijo que daría su vida por rescatar a la princesa, así que emprendió enseguida el camino árido y remoto de los reinos del norte. Cuando ya llevaba un tiempo tras las huellas de la princesa, una mañana en que caminaba por las orillas del mar se encontró con la muerte. El caballero hizo un amago de retirada, porque la figura de la muerte, a pesar incluso de su belleza ambigua, siempre fue terrible, pero luego pensó que la mañana era hermosa, que el cielo estaba limpio, que el agua del mar brillaba transparente y tales signos no podían en modo alguno ser presagio de postrimerías, de modo que avanzó a su encuentro. Se de-tuvieron frente a frente y se saludaron con cortesía. Después el caballero preguntó si la princesa cautiva seguía con vida y la muerte respondió que sí. Se atrevió a más el caballero y preguntó si la encontraría, y la muerte respondió que sí. Preguntó finalmente si seguiría con vida cuando la encontrara y la muerte respondió a todo que sí. «Es más», añadió, «cuando la encuentres, yo andaré por allí cerca. Te estaré esperando.» Entonces se despidieron. Al pronto, el caballero siguió su camino sin más preocupaciones, pero aquel mismo día al atardecer meditó en las palabras de la muerte y tuvo miedo. Sin apenas darse cuenta torció el rumbo de sus pasos y se encaminó hacia el sur, huyendo del destino. En ese menester se le fueron los años. Si alguna vez le llegaban noticias del paradero de la princesa, recogía su equipaje peregrino y tomaba el camino que más le

alejaba de ella, porque temía que, cuando la encontrara, la muerte lo estuviera esperando. Pasó el tiempo y ya nadie oyó nunca hablar del caballero. Un día supo por última vez el paradero de la princesa y el lugar se le antojó tan peligrosamente cercano que ensilló su caballo y se dispuso nuevamente a huir. En una encrucijada de caminos, al salir de una siniestra posada en la que se había refugiado varias noches, los ladridos de una jauría asustaron al caballo y, en la espantada, el caballero, que ya no era ágil ni vigoroso, cayó al suelo y se golpeó con el tronco de un árbol. Intentó levantarse y no pudo, porque estaba malherido. Entonces llegó el hermoso carruaje al que precedían los perros y se detuvo ante él. Dos sirvientes y una anciana de singular hermosura se acercaron y le preguntaron la causa de su estado. El caballero iba a responder que se había caído del caballo, pero en aquel instante, de forma nebulosa y difusa, vio cómo la figura de la muerte sonreía desde la copa de un árbol y, lleno de vergüenza, en el último agobio del remordimiento y la cobardía, prefirió guardar silencio, eligiendo el anónimo a la infamia.



12

El juglar

Cuentan que, antes de emprender tan grave aventura, el caballero de la cruz invertida solicitó al rey la compañía y los servicios de un juglar que pudiera inmortalizar su hazaña en verso heroico y atenuar su desconsuelo con canciones en trances de desánimo y fatiga, así que ambos salieron del territorio tras el rastro de la princesa, el caballero delante en su caballo, persiguiendo las huellas de la infamia, y el juglar detrás, a pie, entreteniéndose en las menudencias del camino, contemplando con asombro las escarpaduras de las montañas o la aspereza de la llanura, nombrando con precisión la primicia vegetal de las flores y los árboles. Al igual que los numerosos caballeros y escuderos que salieron antes con igual propósito, atravesaron cordilleras inagotables y planicies desmesuradas, cruzaron reinos y más reinos, padecieron días de sol y noches de nieve y de ventisca, fueron azotados por todas las inclemencias de las estaciones, y soportaron con entereza penurias y peligros, el caballero con el semblante austero de los héroes, el juglar con la disposición sumisa de la servidumbre y el secreto consuelo de las palabras interiores. Cuando, tras tanto padecimiento, llegaron al fin a la cima de la montaña del castillo enemigo donde penaba cautiva la princesa, vieron salir a su encuentro a un caballero armado, con un estandarte real y una insignia de amor. Enseguida reconocieron los atributos del caballero del norte. Ambos caballeros caminaron pausadamente, acercándose,

hasta quedar uno frente a otro en franco desafío, con fuego en los ojos y odio en el corazón. La princesa contemplaba la escena a través de un ventanuco, una indiscreta celosía en la torre de su cautiverio, y su corazón brincó de júbilo cuando comprendió que los caballeros iban a batirse. Durante mucho rato, los caballeros permanecieron inmóviles, la mirada en llamas, como figuras de una partida de ajedrez proyectando la exactitud sombría de la vida y de la muerte. Al cabo del tiempo, bajo el ardiente sol del mediodía, trabaron descomunal combate. Durante más de dos horas se sucedieron los ataques y los golpes, el sonido sordo y pesado de las armas y los cuerpos, una pelea interminable que el juglar contemplaba atónito subido en una roca y la princesa con orgullo cautivo desde la altura de la torre. Cuando, tras un golpe fulminante de la espada, el caballero del norte cayó del caballo, el juglar no pudo reprimir un grito de alegría ni la princesa pudo ahogar un grito de dolor. Entonces, gozoso con la victoria, el juglar miró hacia la torre y adivinó con espanto la sonrisa quebrada de la princesa y el río de lágrimas que encendía sus mejillas. Allí empezó a perder la razón. Por lo demás, apenas un instante después, cambiaron los signos del destino. Cuando el caballero de la cruz invertida encaminó el caballo hacia el puente para rescatar a la princesa, su cuerpo se comprimió en un escorzo abrupto, resbaló y cayó al suelo, herido de muerte lenta. A su vez, el caballero del norte se levantó dificultosamente, buscó el apoyo fiel de su caballo y, taponando con una mano la sangre de la herida, se perdió en el interior del castillo. Entonces, cuando las grandes puertas se cerraron y la sonrisa volvió al rostro de la princesa, el juglar enloqueció del todo. Durante días y días dio vueltas y vueltas alrededor del castillo, recorrió los inhóspitos vericuetos de la montaña, aulló en los despeñaderos, sollozó en las cavernas, se sumergió en las tinieblas de la noche más profunda, buscando una palabra que encerrara con toda precisión el significado unívoco de aquella historia desgraciada y confusa, pero sólo encontró huesos y esqueletos, restos mortales de los caballeros que habían llegado antes y habían sucumbido bajo la cólera feroz del caballero del norte y el poder invencible de su espada, de modo que, perdido el juicio, renunció definitivamente al secreto de las palabras y al ejercicio de la épica. El juglar emprendió, pues, un regreso sin fin, solo y derrotado, loco y errante,

atravesando de nuevo cordilleras y llanuras con el ímpetu de su desvarío. La princesa quedó cautiva del silencio para siempre, perseguida por los espíritus malditos de los caballeros que habían intentado rescatarla y habían sido devorados por los buitres. Y nada verdadero supieron los tiempos posteriores de la traición de la princesa, ni del reino desolado de las alimañas, ni del desventurado fin del caballero de la cruz invertida, porque, no habiendo horror más grande que el que no se puede comprender, el juglar se perdió para siempre en la confusa maraña de los caminos sin retorno.

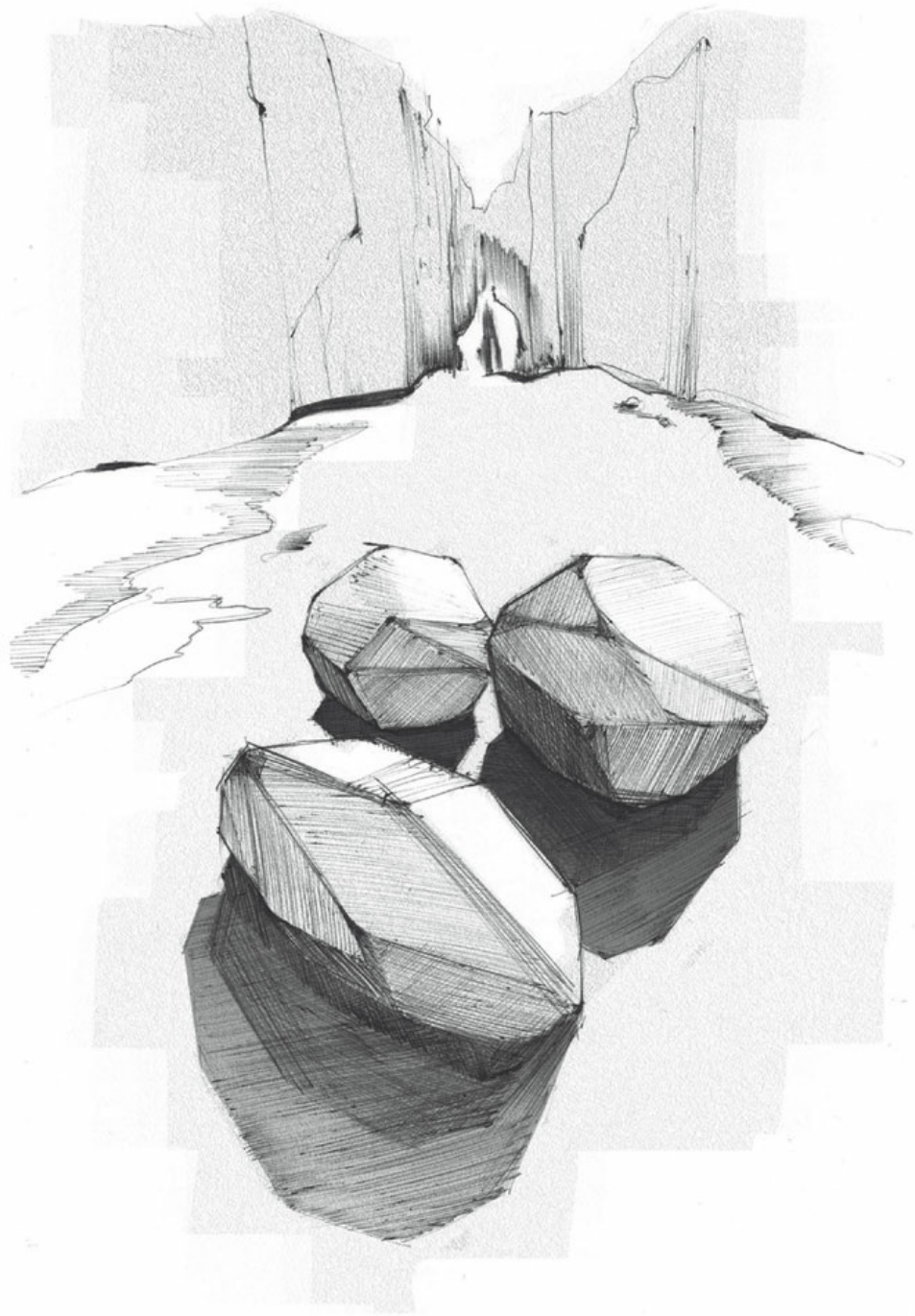
13

Las hijas del rey

Después de derrotar al enemigo y expulsarlo lejos del territorio, al otro lado de la frontera del norte, el caballero acudió al palacio y se presentó ante el rey para dar cuenta de su hazaña. Tan agradecido quedó el rey con la victoria que enseguida se dispuso a cumplir su promesa y a otorgarle al caballero victorioso la mano de una de sus hijas. Rápidamente, pues, llamó a sus hijas a la audiencia y se las presentó al caballero para que eligiera una como esposa. Las tres princesas se sentaron junto a su padre y soportaron con la cabeza baja el examen del caballero, que las miraba con pudor y reverencia, como quien medita en el valor incalculable de tres piedras preciosas. Ciertamente, salvo el caballero, que había pasado años muy ásperos en campañas guerreras, todos los súbditos del rey conocían el carácter de las princesas, sus virtudes y sus defectos. Siendo las tres sobremanera hermosas, como correspondía a su condición, desde muy pequeñas habían desarrollado diferentes cualidades en su espíritu. Era la mayor inteligente, discreta y bondadosa, tenía la mediana fama de triste, laboriosa y obediente, y se consideraba a la pequeña traviesa, egoísta y ambiciosa. La vida en el palacio había sido habitualmente apacible y feliz y los vasallos del rey se habían acostumbrado a la discreción, a la tristeza y a las travesuras de las jóvenes princesas, si bien en el corazón de cada uno latía un afecto especial inexplicable hacia la hermana menor, la pequeña princesa, como solían decir.

Así, cuando el caballero, que no conocía a las hijas del rey ni tenía conocimiento de sus méritos ni de sus deficiencias, eligió como esposa a la hermana mayor, una suerte de decepción se extendió entre los presentes. La princesa elegida se sintió naturalmente halagada y feliz por la elección, aunque no manifestó sus emociones, la princesa mediana, viéndose postergada y preterida una vez más, se encerró en su habitual melancolía, y la hermana menor, acostumbrada a hacer siempre su voluntad y a conseguir sin esfuerzo sus caprichos, sintió que en su interior fermentaba un rencor adulto y cruel. El rey, sin embargo, fue muy feliz con la elección, pues tenía decidido desde antiguo que casaría a sus hijas por orden de edad y la elección del caballero no contravenía sus propósitos, antes al contrario, les daba justo cumplimiento. Se fijó, pues, la fecha de la boda y abandonaron todos la sala de audiencias, cada cual rumiando sentimientos complejos y absolutos: la princesa mayor feliz, la princesa mediana triste y la princesa menor enfurecida. Ocurrió entonces que, durante el baño, mientras las tres hermanas jugaban y reían en el agua y se gastaban las bromas de cada día, la hermana menor dijo, como en un lance del juego: «Os juro, hermanas, que ninguna de nosotras se casará jamás con el caballero». Aquella misma noche, durante el sueño, al hilo de su talante caprichoso, urdió una maldad acorde con su egoísmo y su ambición. Pocos días después, se presentó en las dependencias del caballero. «Vengo enviada por mi hermana mayor», le dijo con mucha modestia y cortesía, «y os traigo un mensaje. Habéis dado grandes muestras de valentía y de lealtad a nuestro padre, pero a mi hermana no le habéis dado ninguna prueba de verdadero amor.» El caballero entonces preguntó qué debía hacer. «Si realmente la amáis», dijo la pequeña princesa, «acudiréis el viernes a medianoche a la gruta del diablo y traeréis los tres guijarros blancos que hay en ella. Sólo cuando nos entreguéis un guijarro a cada una, os amaré para siempre.» El caballero prometió que así lo haría y la pequeña princesa abandonó sus habitaciones. Sin más dilaciones, apenas la joven se marchó, el caballero se encaminó a la gruta del diablo. Cuando preguntó en el bosque, los que le orientaron le aconsejaron que no fuera, «porque nadie regresa nunca de la gruta del diablo», le dijeron, pero el caballero no sintió ningún miedo y, a medianoche, penetró en la gruta. Nunca más se tuvieron noticias

de él, salvo acaso ciertos gritos de dolor y desesperación que cada viernes, a partir de las doce de la noche, salían de las profundidades del infierno. Muchos, conociendo la versión escuchada a los centinelas, afirmaban que la princesa mayor lo había enviado a una muerte segura, pues nadie ha encontrado nunca los tres guijarros blancos de la gruta y muchos han perecido en el afán de adueñarse de ellos. Otros aseguraban que le habían tendido una trampa, que había caído en una emboscada palaciega, porque había muchos cortesanos que querían casarse con las princesas. Sólo las tres princesas sabían lo que había pasado en realidad, pero las tres guardaron silencio, el mismo silencio y distinto silencio. La menor callaba, porque nunca admitiría su culpa. La mediana, como era sumisa y silenciosa, tenía miedo de las venganzas de la pequeña princesa. Y la hermana mayor, como era bondadosa, no quería devolver mal por mal, y, como era inteligente, sabía que le estaba reservado el doloroso sacrificio de guardar silencio para siempre, porque estaba escrito que, en lo sucesivo, por los siglos de los siglos, cada vez que un rey o un campesino o un artesano tuviera tres hijas, le corresponderían a la menor los privilegios de la astucia y la virtud, la tarea de vencer dificultades e infortunios y la obligación de llevar la felicidad a su familia. Sólo así alcanzaría la redención su propia hermana y cesarían un día los aullidos desesperados de la gruta del diablo.



14

El pozo

Después de muchas penalidades, cuando el caballero llegó al castillo en el que estaba prisionera la princesa, decidió conquistarlo según las estrategias de la vieja y noble usanza de los guerreros, y así, al cabo de siete días de asedio, los guardianes de la princesa se rindieron y la entregaron al caballero. Sin embargo, antes de emprender el camino de regreso, la princesa le exigió que tomara venganza de sus secuestradores. El caballero, que no era de espíritu vengativo, alegó que su misión consistía sólo en rescatarla sana y salva y no en vengar la afrenta. Pero la princesa, caprichosa y testaruda, insistió en su cólera y prometió que no abandonaría aquellos inhóspitos parajes si antes no tomaba justa y ejemplar venganza. Entonces, doblegándose a las leyes de la caballería, que obligan a cumplir los juramentos, el caballero se sometió a la autoridad de la princesa y le explicó los pormenores del asedio. Habiendo descubierto que el sistema hidráulico para abastecer de agua el castillo pasaba por unos toscos cangilones que ascendían desde un pozo secreto, el caballero se había limitado a cortar el suministro. Durante los primeros días todavía tenían provisión suficiente, porque aguantaron sin gran dificultad, pero a los cinco días pudo ver cómo desde las almenas escrutaban con sigilo el lugar secreto del pozo. Pronto comprendieron que, sin agua, tendrían que rendirse o que luchar, que, si luchaban, tendrían que salir del castillo y que, si salían del castillo,

encontrarían una muerte segura a manos del caballero. Por eso, al cabo de siete días, capitularon. La princesa quiso saber dónde estaba el pozo secreto y el caballero se negó a revelarlo, pero la princesa, arrogante y altiva, acostumbrada a cumplir siempre sus deseos, persistió en su terca obstinación hasta que al caballero no le quedó otro remedio que conducirla al manantial oculto. Al verlo, la princesa, que había escuchado de niña las crueldades de la guerra, no decidió cortar el agua, sino envenenarla, porque sólo la muerte podía apaciguar su dignidad herida. No quería esperar siete días para abatir a sus raptos de uno en uno, quería que se consumieran todos juntos con podredumbre de fuego en las entrañas. El caballero se negó en redondo a participar en semejante villanía, porque tanta mezquindad no estaba de acuerdo con las viejas leyes de la caballería ni se correspondía tanta abyección con el honor y la nobleza de un buen guerrero ante el enemigo vencido. Pero la princesa se empeñó en su loca vehemencia y ella misma elaboró un veneno silvestre con plantas del bosque y lo vertió en el pozo. Se quedaron, pues, a la espera del sacrificio, porque, incompatible con la imaginación y con la certidumbre, la venganza necesita recrearse en la contemplación rabiosa de su cumplimiento. Durante los dos primeros días no advirtieron nada anómalo en la vida del castillo. Al tercer día, en cambio, oyeron gritos desgarradores, presagios de fuertes e insufribles dolores abrasando al enemigo. La princesa, orgullosa de su astucia y absorta en la venganza, siguió vertiendo veneno en el agua del pozo. Al quinto día aullidos desgarradores surgían del interior de las murallas y estremecían, como lamentos del infierno, la fortaleza geológica de las montañas. El caballero quiso abandonar el lugar y devolver a la princesa al palacio del rey, porque tanta saña no podía acabar con bien, pero ella insistió en quedarse hasta ver cómo se descomponían los cadáveres de sus secuestradores y cómo los buitres y los cuervos horadaban las entrañas del enemigo y profanaban el territorio sagrado de la muerte. Al cabo de siete días se hizo el silencio. El castillo adquirió el tono sombrío de un fantasma mudo clavado en la montaña. Entonces el caballero y la princesa se adentraron en él cautelosamente y avanzaron a través de una extensa alfombra de cadáveres en descomposición. «Ahora podemos volver donde mi padre», dijo la princesa,

satisfecha. Pero, de pronto, unos guardianes fuertemente armados se abalanzaron sobre ellos, sin darles tiempo a reaccionar, y los redujeron sin esfuerzo. Rápidamente los condujeron a la sala de armas y los entregaron al señor del castillo, que esperaba en silencio, con los ojos hundidos y el rostro demacrado, la muerte al acecho. Los guardianes empujaron al caballero hacia una enorme mesa en la que destacaba, terrible y solitario, un pequeño cántaro de agua. Un sirviente acercó el cántaro al caballero. Entonces el señor del castillo pronunció con voz grave y cavernosa una única palabra justiciera. «Bebe», dijo. Antes de coger el cántaro, el caballero sonrió con amargura mirando a la princesa, pero no consiguió ver en sus ojos ni un solo indicio de compasión ni de ternura.

15

El último caballero

Cuando el rey hizo saber que el caballero que devolviera sana y salva a la princesa no sólo se casaría con ella sino que se convertiría en heredero del trono y sería, a su muerte, el rey del territorio, todos los caballeros que andaban por la corte se apresuraron a seguir el rastro de los secuestradores con la esperanza de alcanzarlos lo antes posible y asegurarse un porvenir feliz de maridos y reyes. Sin embargo, el mejor caballero del reino, el más noble, el más leal, el más querido por los súbditos, el que en más ocasiones había salvado al rey en momentos de peligro y le había hecho ganar más batallas decisivas, se quedó silenciosamente en su castillo, a orillas del mar, sin salir en busca de la princesa. Muchos pensaron que sus extraordinarias cualidades de caballero le permitirían salir después que los otros, alcanzarlos, adelantarlos, rescatar a la princesa y volver victorioso a recoger la recompensa. Todos lo veían como futuro rey y hacían conjeturas minuciosas sobre su pensamiento, se acogían a pronósticos favorables sobre su plan de acción, se preguntaban, en fin, por la fuerza secreta de sus intenciones. Pero pasaban los días y los días y el mejor caballero del rey seguía sin abandonar su castillo, paseando apaciblemente por la orilla del mar, ajeno a los rumores y a las suposiciones. Al propio rey le sorprendió notablemente la actitud del mejor caballero y por eso decidió llamarlo un día. El caballero, que había seguido cumpliendo sus obligaciones de vasallo con toda precisión y

puntualidad, acudió a presencia del rey cuando se le convocó. El rey le habló con toda franqueza. «Me ha extrañado», le dijo, «que, mientras todos mis caballeros han salido apresuradamente en busca de la princesa, mi mejor caballero se haya quedado en su castillo como si nada hubiera ocurrido. De la misma manera que mis súbditos, yo también esperaba no sólo que mi mejor caballero buscara a la princesa, sino que la encontrara. Tan seguro estaba de que sólo mi mejor caballero podría conseguirlo, que por ese único motivo anuncié públicamente el deseo secreto de mi corazón. Porque tampoco quiero que la princesa se case con cualquier caballero insípido ni que mi sucesor sea un ca-ballero necio o un jovenzuelo vanidoso.» El caballero agradeció los elogios y los designios del rey, así como la distinción de mejor caballero, pero, según aseguró, era precisamente su condición de caballero leal la que le impedía rescatar a la princesa. «¿Y cómo es eso?», preguntó el rey, que, con las preocupaciones, no tenía el entendimiento para sutilezas. «Si el rey hubiera dicho que había que rescatar a la princesa», dijo el caballero, «yo hubiera ido sin pausa tras sus huellas. Pero el rey añadió como recompensa el matrimonio y el reino y ningún buen caballero puede aspirar a ocupar el lugar del rey al que sirve. Majestad, a mí me hubiera gustado rescatar a la princesa por ser caballero del rey, no para convertirme en rey.» Al rey le conmovieron profundamente aquellas pa-labras de lealtad, pero no podía ya torcer el curso de los acontecimientos ni enmendar la promesa hecha pensando en su mejor caballero, de modo que le permitió retirarse a su castillo y rogó a los cielos por que el caballero que rescatara a la princesa fuera el menos necio de sus vasallos y el menos vanidoso. Apenas los súbditos del rey tuvieron noticias de la celebración de la entrevista, elaboraron hipótesis sobre su contenido y se dispusieron a saborear el triunfo del caballero, pero cuando vieron que se quedaba de nuevo en su castillo se dejaron ganar por la desconfianza. Todos los días acudían algunos a lo lejos, para ver si el caballero partía o había partido, pero cuando, día tras día, lo veían aparecer, tranquilo, en su heredad, volvían desencantados a sus casas, ru-miando la decepción. Con el tiempo empezaron a pensar que el mejor caballero no era tan buen caballero como suponían y algún día imprevisto, sumidos por completo en el desencanto y en la indiferencia, dejaron de vigilar sus movimientos. Desde entonces ya nadie

volvió a acercarse a las inmediaciones del castillo y el caballero fue quedando olvidado de todos, como un despojo efímero de la historia del reino. El mismo rey pareció olvidarlo y, poco a poco, paseando por la orilla del mar, siempre a solas, afirmándose en su decisión y en su lealtad, fue sucumbiendo a la pesadumbre de la soledad, abatido por la tristeza de un deber moral incomprensible, hasta que, sin gloria y en silencio, finalmente murió. El castillo, deshabitado, quedó como una roca inútil en la costa, testimonio sólido de una época en decadencia. La princesa nunca regresó.



D

16

El idiota

En una aldea del sur, cerca de las tierras lóbregas, vivía una familia que tenía un hijo tonto. Era apenas un muchacho, de rostro sombrío y taciturno, privado del don de la palabra, con mirada vacía, que se pasaba las horas asomado a un ventanal, mirando el lento discurrir vacío de las horas y los árboles y los pájaros y las estaciones. El calor del estío hacía subir algún color a sus mejillas y el frío del invierno lo volvía demacrado y pálido, como una aparición desde las nieves. La gente de la aldea estaba acostumbrada a verlo sentado allí arriba, quieto siempre, como si fuera un elemento más, inmóvil, de la arquitectura. Sin embargo, en cierta ocasión, acertó a pasar por la aldea la princesa, en una lujosa carroza y seguida por numeroso, alegre y juvenil cortejo. Al llegar frente al ventanal, la princesa no pudo por menos que mirar hacia arriba y contemplar con lástima la penosa figura del idiota. El muchacho a su vez, acostumbrado sólo a los pájaros y a los árboles y a las nubes y a la indiferencia de los lugareños, no pudo dejar de percibir la inmensa belleza de aquella muchacha y desde aquel momento su vida se desmoronó. Si antes el cambio de las estaciones o el paso de un viajero o las acrobacias de un vencejo proporcionaban algún aliciente a su estado vegetal, ahora nada le entusiasmaba ni le hacía variar la expresión. Desde que lo miró la princesa había compuesto un semblante triste e inmutable, cargado con todas las adversidades de la noche. Sus padres no sabían qué hacer con él, no

ya para que recuperara la alegría, porque alegría nunca tuvo, sino para que volviera a su anterior situación de percepción pasiva de la naturaleza. Probaron todos los medios a su alcance, que no eran muchos, pero ninguno les dio resultado, porque el muchacho había quedado tan absolutamente cautivado por la princesa que sólo su recuerdo y su imagen en el pensamiento lo mantenían con vida, ausente en el ventanal, como una estatua lastimera. Hasta que decidieron viajar a la corte e instalarse por un tiempo en las inmediaciones del palacio real, para que el joven pudiera ver alguna vez a la princesa o, cuando menos, albergara la esperanza de verla. Así pues, se lo dijeron al muchacho, que sólo cuando entendió el sentido del viaje recobró un punto de su antigua facultad de contemplación. Viajaron, pues, a la corte con mucho sacrificio y alquilaron una casa cercana a palacio, pero los días transcurrían sin que la princesa acertara a pasar por el lugar. El muchacho, que con la esperanza había recuperado una sombra de alegría, con el fracaso se tornaba cada vez más triste y taciturno, y dejaba ver en sus ojos el principio de un precipicio en el que sólo habitaban la amargura y la nada. Cada día que pasaba sin ver de nuevo a la princesa (y pasaban los días y las semanas en tan doloroso trance), el muchacho caía en mayores honduras de languidez y de marchitación y regresaba a su pesadumbre mineral. Súpose entonces que, como cada año, numerosos caballeros y jóvenes de diferentes lugares del reino iban a disputar en combate para tener el privilegio de ofrecer un ramo de flores a la princesa en la ceremonia de su cumpleaños. Y entonces el muchacho tonto quiso también participar en el juego, con la amarga ilusión de ofrecer con sus propias manos un ramo de flores a la princesa. Sus padres, por darle gusto y por verle salir de aquella aflicción sin fondo, le siguieron el capricho y lo prepararon para que, en efecto, pudiera participar en los juegos. De modo que el día del cumpleaños de la princesa apareció en la plaza de torneos montado en un caballo acomodado a sus escasas habilidades de jinete. El infeliz daba pena con sólo verlo. Desgarbado, sin pose, con infinita torpeza, hizo avanzar su caballo por entre los de los otros participantes, jóvenes alegres y divertidos que querían ganar a toda costa y que apenas repararon en la ridícula presencia del idiota. Habría carreras, saltos y combates y todos aspiraban al triunfo. Cuando empezaron

los juegos, en la primera refriega de la caballería, el muchacho tonto sufrió un encontronazo con otro jinete y cayó al suelo con tan mala fortuna que se dio un golpe mortal en la cabeza. Hubo un revuelo entre la gente y enseguida retiraron el cuerpo moribundo del joven para que la princesa no viera amargado el día de su cumpleaños con tan desagradable suceso. Sin embargo, el muchacho tonto murió feliz, porque murió como un héroe, con la heroicidad de un sentimiento interior que nadie puede alcanzar a entender desde la conciencia de las palabras, pues hay grados de amor y de locura que sólo el que los sufre sabe medir con precisión. Los padres regresaron con el cadáver a las tierras lóbregas del sur y enterraron su cuerpo frente al ventanal, al lado del camino desde el que lo miró la princesa, para que de la tumba, como testimonio de una vida insignificante y de un afán perenne, naciera el árbol de la misericordia.

17

El caballero errante

Cuando llegaron emisarios pregonando que en las tierras del norte habitaba una princesa encantada, la princesa más hermosa del mundo, un caballero de las tierras áridas emprendió el camino hacia aquel territorio remoto. Salió solo, cargado de bienes y provisiones, y con una determinación firme: regresar con la princesa al cabo de siete años. «Si para entonces no he vuelto», dijo, «esperad otros siete años y me veréis llegar solo y vencido.» Y, como si propusiera un último acertijo, aún añadió: «Y si tampoco he vuelto para entonces, esperad otros siete años y me veréis, pero ya no volveré». Y así, ufano en su caballo y lleno de esperanza, el caballero empezó a seguir el rastro de la belleza. Preguntaba por la princesa encantada a quien se cruzaba en su camino, pero nadie sabía darle razón. Como mucho, en algunas poblaciones le informaban de que también por allí habían pasado emisarios y juglares divulgando el prodigio y de que otros muchos caballeros habían salido, como él, atraídos por la aventura, ignorantes, sin duda, de que las princesas encantadas pertenecen a un orden superior. El caballero, como tantos otros, siguió su camino con obstinación. De cuando en cuando llegaban a las tierras áridas noticias confusas de su empresa. Al cabo de un año se supo que unos cazadores lo habían visto en terrenos abruptos, erizados de montañas, a la intemperie de la nieve y la ventisca, y que había sobrevivido. En el segundo año unos pescadores lo habían visto ir por las

orillas del mar, dejando pisadas de caballo sobre la arena, y había sobrevivido. En el tercer año unos tramperos lo habían visto avanzar por hondos desfiladeros, al abrigo del silbido del viento, y había sobrevivido. Se supo gracias a unos leñadores que en el cuarto año se había internado por espesos bosques, que anduvo vagando perdido por selvas oscuras, que fue atacado por fieras salvajes y por hombres primitivos que le arrebataron sus provisiones y abalorios, y pese a todo había sobrevivido. Miembros de una caravana lo habían visto el quinto año atravesando interminables desiertos, infinitas llanuras de arena batidas por el sol y el viento, donde anidaban el espejismo y la serpiente, y había sobrevivido. Unos marineros contaron el sexto año que el caballero había navegado por mares helados y por mares bravíos, que había naufragado una y otra vez, y había sobrevivido. En el séptimo año distintos mensajeros trajeron informaciones confusas, a veces contradictorias, a veces complementarias, según las cuales había sorteado ríos letales, había caminado a través de las tempestades de las estaciones tórridas o había paseado por diversos sitios su estampa, la figura de un jinete recortada en la penumbra del atardecer sobre los acantilados, pero nadie supo ya decir si había sobrevivido. Y a partir de ese momento, transcurridos siete años e incumplida la promesa de regresar con la princesa, ya no se supo nada con certeza. A cambio, se hicieron difusas conjeturas. Se contó que, tras siete años de precipitadas peripecias, el caballero pasó otros siete años de penuria inactiva. La fortuna le volvió la espalda y llegó a territorios donde nadie quiso ofrecerle alimento ni darle hospedaje. En un invierno crucial murió su caballo y estuvo varios días y varias noches sentado junto al cadáver, dejando así de ser caballero. Hicieron morada en él peligrosas, graves enfermedades, y sólo se sobrepuso con la obstinación con que había salido a los caminos. Vestía pardo sayal y se acercaba mendicante a pequeñas aldeas, pero no preguntaba ya por la princesa encantada ni por el reino secreto de su padre. Caminaba con una obcecación empedernida, sin hablar con nadie, comiendo raíces y despojos, sobreviviendo a la adversidad con la energía austera de los solitarios y de los desesperados, sobreponiéndose una y otra vez, con voluntad de anacoreta, a las tentaciones del regreso. Se cumplió así un nuevo plazo de siete años y el caballero tampoco cumplió la promesa de volver solo

y vencido, mas nadie lo echó de menos, porque nadie se acordaba ya del caballero ni del plazo ni de la partida ni del acertijo. También se contó (y eso nadie pudo saberlo) que ni siquiera el caballero se acordaba de sí mismo, que había olvidado definitivamente su origen y su destino. Su tierra era apenas el recuerdo oscuro y difuso de la caverna. Aceptaba su porvenir como una determinación de la especie y, desarraigado, sólo caminaba, caminaba, caminaba. O ni siquiera caminaba, sino que se asentó en una ladera, junto a un río, para cultivar la tierra y acechar los frutos de los árboles. O tal vez murió, a solas, bajo el acecho siniestro y agorero de los buitres, y su memoria se diluyó en la espesura insensata de los tiempos. Cuando se cumplió el tercer plazo de siete años, nadie recordaba la historia del caballero errante. Entonces empezó a aparecer en la lejanía de las tierras áridas una figura insólita, un jinete gigantesco, misterioso y esquivo, que contemplaba desde lejos el crepúsculo de los palacios y de las cabañas, la estampa gigante de un centauro merodeando en los atardeceres por el horizonte, una premonición errante de la muerte o de la perseverancia, vestigio extenso de la belleza inaccesible. De los habitantes de las tierras áridas se apoderó entonces un terror primitivo, pero nunca pensaron en princesas encantadas.



18

El gesto

Cierto día en que la princesa pasó en carroza por una aldea fronteriza encontró a la vera del camino a un joven de hermoso aspecto y de modales ágiles que, al verla, se quedó como hipnotizado. Entonces la princesa, mirándole a los ojos, sonrió e hizo un gesto ambiguo. Loco de alegría, al joven le faltó tiempo para pregonar el hecho por toda la aldea e incluso para presumir del mismo ante sus amigos. A unos y a otros, empezando por sus padres, que le decían que se hacía muchas ilusiones donde sólo había un comportamiento gentil de la princesa, como a sus amigos, que se burlaban de su entusiasmo, les contaba que iba a ponerse rápidamente en camino hacia el palacio y que iba a procurar hacerse visible a la princesa, porque estaba seguro de que lo reconocería y, si, como él pensaba, lo reconocía, haría todo lo posible por entrar al servicio del rey y conseguir conquistar para siempre con su valentía el dulce corazón de la princesa. Al principio sus amigos se burlaban de él y le seguían en el juego de su vehemencia, pero viéndole decidido a llevar a la práctica su antojo, llamaron a los ancianos de la aldea y les rogaron que disuadieran a su amigo de tales propósitos suicidas. Y, en efecto, un día los ancianos de la aldea llamaron al joven a su presencia y le contaron una historia antigua. En cierta ocasión, le dijeron, la princesa de nuestra juventud acertó a pasar casualmente por esta misma aldea y encontró a un joven junto a la vera del camino. La princesa, que era amable y educada,

le sonrió y le hizo un gesto ambiguo. El joven enloqueció de alegría y enseguida se puso en camino para acudir al palacio y hacerse visible a los ojos de la princesa a la espera de ser reconocido por ella y ofrecerle su corazón. Llegó, pues, a los alrededores de palacio y se dedicó a llamar la atención de unos y otros con tanto ímpetu que enseguida su comportamiento resultó sospechoso para todos. Pronto llegó a oídos de la princesa la declaración de amor que el joven aldeano iba pregonando por los mercados y las tabernas y cómo presumía de que ella le había hecho un día un gesto y le contó al rey lo que ocurría. El rey ordenó prender al aldeano y lo hizo llevar a su presencia para escuchar de sus propios labios lo que ya le habían contado la princesa y sus propios espías y, no pudiendo consentir que un villano pusiera en peligro el buen nombre de la princesa, para que sirviera de ejemplo y de escarmiento, lo mandó decapitar. Su cabeza fue clavada en una pica y permaneció durante muchos días expuesta en el patíbulo para que en lo sucesivo nadie se atreviera a poner en peligro la intangible virtud de la princesa. La voz se corrió por los contornos y acudió mucha gente de los alrededores para ver que, en efecto, la cabeza del aldeano permanecía expuesta a la acción del tiempo y de los buitres. Los mismos ancianos, que entonces eran jóvenes, cuando lo supieron, hicieron el largo camino que separa la aldea del palacio para contemplar la calavera de su amigo. El joven escuchó el principio de la historia con rostro altivo y mirada arrogante, porque consideraba que él había sido señalado por los ojos de la princesa, pero a medida que avanzaba el relato se fue tornando cabizbajo y triste. Cuando supo el final, decidió que no correría la misma suerte que el joven de la historia, pero también decidió que, después de haber hecho el ridículo ante sus padres y ante sus amigos y ante la aldea entera, tenía que abandonar el territorio. Por remoto que pudiera parecer, no podía exponerse al riesgo de encontrarse otra vez con la princesa y volver a contemplar su sonrisa y, quizás, su gesto ambiguo. Así que, huyendo del azar, abandonó la aldea y se dirigió a territorios lejanos. Pero la noticia de la huida no pasó inadvertida y se extendió fuera de la aldea. En los mercados y en las tabernas se comentó que un joven aldeano había abandonado el reino por miedo a encontrarse con la princesa y sucumbir al encanto de su sonrisa o a la ambigüedad de sus

ademanes. Así lo oyeron los espías del rey y así se difundió finalmente en palacio. Cuando la princesa tuvo conocimiento del desaire, sufrió una gran contrariedad, porque con un gesto de amor había ahuyentado al joven aldeano, y, despechada, contó sus penas al rey, que sufrió un amargo disgusto. Entonces envió a sus guardianes para que buscaran y alcanzaran y prendieran al joven aldeano, cosa que hicieron en apenas siete días. El joven fue conducido a presencia del rey para contar de nuevo, como reo, lo mismo que había contado con entusiasmo y alborozo a sus padres y a sus amigos y a los ancianos de la aldea. Y como no se puede mancillar en vano el nombre de la princesa, el rey lo mandó decapitar y ordenó que su cabeza quedara expuesta en el patíbulo por los días de los días. Otra vez acudió la gente de los alrededores al reclamo capital del patíbulo. También los jóvenes de la aldea viajaron para contemplar con pesadumbre la cabeza de su amigo y para adquirir, bajo el signo de la muerte, la vieja sabiduría del reino, según la cual los gestos de las princesas siempre serán indescifrables.

19

La princesa feliz

Y cuando finalmente, después de correr tantos peligros, de sufrir tantas penalidades y de padecer tantas privaciones, el caballero llegó al remoto castillo donde estaba cautiva la princesa, se encontró no sólo con la desagradable y nauseabunda noticia de que el malvado mercader que la raptó se había casado con ella, sino sobre todo con la desventura de que la princesa había dado su consentimiento y era feliz con semejante matrimonio, como probaba el hecho de que se negara a regresar con el caballero, de que prodigara amorosas caricias a tan pérfido marido y de que sugiriera, a la postre, cansada de su tenacidad, que ahorcaran al molesto caballero que se empeñaba en proclamarle amor y devoción. Y, en efecto, un amanecer helado, los esbirros del mercader, que se había adueñado del territorio de siete reinos y de la voluntad de todos los súbditos con el oropel de sus mercancías, colgaron al caballero del saliente de una almena, donde todavía, al cabo de tantos años, en las mañanas de invierno y en los atardeceres con niebla, se advierte el bamboleo del cuerpo, que es el movimiento de la negación, como una advertencia permanente de los peligros del amor y de la certidumbre de la muerte.



20

Los sueños

Cierto hombre del sur tuvo un sueño en el que se le pronosticaba un destino dichoso. En él se veía a sí mismo llegando a una gran ciudad, siendo conducido entre insultos y vituperios de la gente al palacio real y entregado como prisionero a los verdugos del rey, que, sin mayores contemplaciones, lo encerraron en lo hondo de una mazmorra húmeda y secreta, en el corazón de la tierra. Cuando se propagó la noticia, la princesa encantada quiso ver al prisionero y los guardianes de las prisiones reales la condujeron hasta el hombre del sur. Éste vio en el sueño cómo un rostro de inconmensurable belleza se dibujaba arriba, en la luz, y cómo al contemplarlo se encendía su esperanza. Ordenó la princesa que lo sacaran de la mazmorra y que lo condujeran inmediatamente a su presencia. Al verlo tan lastimado y demacrado, la princesa sintió verdadera lástima y ordenó que lo limpiaran y lo curaran y lo alimentaran adecuadamente antes de volver a llevarlo ante ella. Así lo hicieron y al verlo por segunda vez, adornado con ropas de la corte, la princesa sintió tan profundo y repentino alivio que le invitó a permanecer en el palacio como huésped. Pasaban juntos la mayor parte del tiempo, entretenían las horas en dulces paseos por los jardines del palacio, donde mantenían amenísimos coloquios, o cazaban en un bosque cercano, de cuyo esplendor, frondoso y primaveral, floreció finalmente, como un prodigio de la naturaleza, un amor perdurable. Cuando despertó, el hombre

del sur sintió el impulso irreprimible de correr la aventura del sueño y se puso en camino por el mundo para encontrar una corte con una princesa encantada. Recorrió muchos reinos y preguntó por todas las princesas encantadas, pero en ningún sitio encontró a la princesa que lo liberaba del cautiverio. Entonces consideró que había sido víctima de un sueño vacío y decidió regresar al sur. En el camino de vuelta, una tarde se encontró con una doncella en un bosque frondoso. El hombre la saludó, porque su rostro le resultó familiar, y dedujo que estaba llegando a casa, pero, al verlo, la joven, que también lo había reconocido, gritó aterrorizada. Enseguida acudieron varios hombres armados que se arrojaron sobre él y lo maniataron. Se lo llevaron prisionero siguiendo el camino por el que marchaba la doncella. Pronto llegaron a una gran ciudad donde la gente vitoreaba y aclamaba al cautivo. Vislumbró confusamente que todo aquello se asemejaba de alguna forma al contenido del sueño, aunque no dejaba de percibir anomalías en su desarrollo. Lo condujeron a un palacio reconocible y lo llevaron ante la princesa, que era la doncella del bosque y, efectivamente, la princesa del sueño. En los ojos de la princesa había todavía restos de espanto y un dudoso brillo de crueldad. «Azotadlo», dijo. Y los guardianes de la princesa azotaron severamente al hombre del sur y lo arrastraron por las calles de la ciudad, donde la gente celebraba con alborozo los sufrimientos que infligían al cautivo. Malherido y sangrando, con las ropas destrozadas, volvieron a llevarlo ante la princesa, cuyos ojos no sólo no terminaron de amansarse ni de serenarse, sino que se dilataron en un fulgor impío. «Encerradlo», dijo entonces. Y los guardianes lo condujeron enseguida a la mazmorra, un verdadero pozo abierto en las profundidades del palacio. Lo arrojaron al fondo, sin contemplaciones, y desde abajo, alzando hacia la luz una mirada de súplica, vio el rostro resplandeciente de la princesa que ahora sí consideraba definitivamente roto el encantamiento y el oráculo. Todo prisionero encerrado en una mazmorra espera salir de ella algún día y, aunque la mayoría se pudre irremisiblemente en el fondo de las tinieblas, en esa esperanza desesperada de la luz consume minuciosamente cada minuto. El hombre del sur, sin embargo, tuvo en todo momento la certidumbre de su destino, así que, mientras se consumía en la oscuridad del centro de la tierra, nunca se abandonó al suplicio del condenado, sino a la amargura de no saber

por qué la realidad había invertido el orden y la cronología del sueño.

21

El espejo

Tanto había oído la princesa hablar de su hermosura, tan encendidos elogios había merecido su belleza por todos los rincones del reino, hasta tal punto habían celebrado los vasallos del rey la gracia de sus atributos y con tanta hipérbole habían cantado los juglares la sublime calidad de su semblante, que una mañana de abril decidió recrearse en la contemplación de su rostro y ordenó a un sirviente que trajera un espejo. Salió el sirviente del aposento con mucha ceremonia y volvió al rato con un espejo maravilloso entre las manos. Se colocó delante de la princesa y elevó el espejo hasta la altura de su rostro, para que pudiera verse sin modificar su postura en el diván. Entonces la princesa se asomó complacida a aquella superficie transparente y examinó con minuciosa aplicación todos los matices de su cara, la frente, los ojos, la nariz, los labios, las mejillas, comprobando en todos sus extremos la verdad que subrayaban los juglares, su hondura, su serenidad, sus proporciones, el secreto furtivo y sigiloso de tanta perfección. Se miraba realmente absorta y encantada, con un punto de deleitosa vanidad, cuando, de pronto, del fondo de sus ojos en el espejo surgió una sombra y la princesa, ahogando un grito de espanto, compuso el gesto supremo del reconocimiento en el horror. Sólo entonces alcanzó a entender la compleja y trágica dimensión de su belleza. Mas no pudo soportarlo. En su naturaleza estaba que no pudiera soportarlo. De ahí que no fuera una contradicción, sino afirmación rutinaria de su ser,

hacer lo que hizo, porque el espejo le devolvía, sin máscaras, desnuda, la verdad. Llamó enseguida a los guardianes del palacio y, desde la sustancia más honda y tenebrosa de su alma, ordenó que decapitaran al sirviente en su presencia. Después guardó el espejo en un escondite secreto para que nadie pudiera resolver nunca el enigma terrible y necesario de sus ojos.



Epílogo

¡O Ko-si! ¡O Ko-si!

Si hubiera que pasar del contar al decir y descender, por tanto, a la mera artesanía de estas fábulas domésticas, a los pormenores de su génesis y al proceso de elaboración del libro, la historia sería como sigue. Desde 1992, para relajarnos y para descansar, tanto en verano como en semana santa, bajábamos a una playa del sur, una playa plácida e interminable, por la que dábamos cada mañana un paseo pacífico y ritual, marcado por los fijos y diversos hitos del camino: la casa azul, el pino insigne y señero, la casa ocre, las gaviotas, las barcas de los pescadores y los devaneos de la marea. Empecé haciendo ese paseo con una niña que era entonces muy pequeña y, a menudo, en nuestra lenta caminata, entre otros amenos coloquios, recitábamos a dúo cuentos que, de tanto leerlos, sabíamos de memoria. Recuerdo, por ejemplo, que el cuento preferido de un verano fue *El traje nuevo del emperador*, de Andersen, en el que un par de pillos tejían interminablemente la tela invisible que todo el mundo admiraba para no declarar su incompetencia. Pasamos otro verano bajo la influencia del *Viaje del mandarín Ka-li-kó y de su fiel secretario Pa-chu-li*, un libro infantil de finales del XIX, rescatado por Siruela, que también sabíamos de memoria y del que nos entusiasmaba especialmente una viñeta que decía: «Después de viajar mucho, [Ka-li-kó y Pa-chu-li] llegan a orillas del mar a la puesta de sol, y el secretario anota estas hermosas palabras de su amo: “¡O Ko-si! ¡O Ko-si!”», lo cual significa

“¡Cuánta agua! ¡Cuánta agua!”». Esta última frase formó parte de nuestras complicidades familiares y todavía hoy, al cabo de los años, la primera contemplación del mar, pero también cualquier contratiempo de fontanería, puede llevarnos a exclamar: «¡O Ko-si! ¡O Ko-si!» con fingido asombro, con énfasis irónico, a lo que necesariamente habrá que responder, como si se tratara de una contraseña: «Lo cual significa “¡Cuánta agua! ¡Cuánta agua!”».

Más tarde leímos con deleite y gran provecho la recopilación de doscientos *Cuentos populares italianos* de Italo Calvino e incluso, más por capricho bibliotecario que para ejercicios de lectura bilingüe (que también), compramos la versión original, *Fiabe italiane raccolte dalla tradizione popolare durante gli ultimo cento anni e trascritte in lingua dai vari dialetti da Italo Calvino* (tres volúmenes en un estuche, *prodotto indivisibile*). El caso es que pasamos así por diversos cuentos de la cultura popular occidental y no sé si agotamos por inmersión todos los moldes y funciones de la tradición retórica. Hasta que un día, creo que en 1997, pero no estoy seguro (porque las huellas de la escritura digital se desvanecen sin nostalgia), en lugar de dedicarnos a los cuentos populares, a las aventuras de Alicia o a nuestras habituales discusiones sobre Tom Sawyer y Huckleberry Finn, se me ocurrió improvisar una historia sobre la marcha, en concreto «El hijo del carpintero», el joven que interpreta torcidamente los turbios designios del oráculo y emprende como una venturosa obligación la desventurada senda de la fatalidad. Pese a que alteraba los patrones del relato clásico (porque lo prescrito es que el oráculo sea adverso y que el personaje, al procurar por todos los medios que no se cumpla, colabora precisamente en su cumplimiento), la historia mereció la aprobación de la niña que escuchaba y ese mismo día, por la tarde, el relato oral de «El hijo del carpintero» se convirtió en el primer borrador de un texto escrito. Aplicando el esquema de clasificación narrativa que propone Rafael Sánchez Ferlosio, enseguida decidimos que se trataba de una fábula —«El protagonista de la fábula», escribe Ferlosio, «es el universal, como lo prueba el que ya lleve artículo determinado en su agnición o primera aparición; sólo el universal, por cuanto comporta el acto intencional que refleja la mención sobre la lengua misma, constituye, en efecto, en “personaje” un ser ya conocido para todo oyente»—

y no sé si desde el primer momento, pero, en cualquier caso, bastante pronto, quedaron también establecidos los procedimientos narrativos: en todas las fábulas estaría «la» princesa y en todas las fábulas rondaría la muerte (la muerte a se-cas, no su personificación). Siempre habría, pues, alguien que se acercara a la princesa («el» caballero, «el» juglar, «el» mercader, «el» leñador), para rescatarla, para conocerla, para enamorarla y, al final, por una razón o por otra, sin posibilidad de eludir la fatalidad del destino, con claro predominio de la injusticia poética, sufriría las consecuencias funestas del acontecimiento. Ese era el objetivo: subvertir el derecho narrativo clásico, anular la compensación moral de las fatigas, perturbar la lógica popular del desenlace. Y así, durante cuatro años, en el paseo matinal que nos llevaba desde la casa azul a las barcas de los pescadores, yo inventaba o improvisaba un relato unipersonal, fábula para un solo oyente que, al final, emitía su veredicto y aprobaba o desaprobaba la sustancia de la trama. Si la fábula había merecido el visto bueno, yo escribía por la tarde la historia, un poco atropelladamente, para que no cayera en olvido. Se sucedieron veranos y semanasantas, quincenas de julio e intemperies de abril, y siguieron los paseos y los temas se fueron ampliando y se amplió también el campo de la reflexión y, quebrantando a veces el «esquema», surgieron dragones, juglares, mercaderes, leñadores, y se trató del amor, de la lealtad, de las paradojas del poder o de la justicia, de los límites de la verdad y de la apariencia, etcétera. Nunca, sin embargo, el amor, la lealtad o las paradojas del poder precedieron a los dragones, los juglares o los mercaderes: siempre fue al revés, siempre la trama o su revés se anticiparon al tema. Puedo decir, de hecho, que nunca he ido del tema a la trama, que nunca (al menos, de modo consciente) me ha interesado el tema. Siempre he partido del personaje en situación. Al final, en el verano del año 2000, en el primer paseo de julio, tras un eufórico y protocolario «¡O Ko-si!», como reivindicando el «decíamos ayer» del ascético agustino, empecé diciendo: «Salió, pues, el caballero una mañana con el propósito de rescatar a la princesa y arrancarla de las feroces garras de sus raptos...». Entonces, anticipándose a la conclusión del relato, mi oyente exclamó: «¡Y se murió!». Fin del ciclo, me dije. Así acabó la serie y no sé si, en cuanto a su destinataria original,

también la tortura. Ahí fue, sin embargo, donde las fábulas empezaron a ser libro. Pensamos primero hacer una selección de trece fábulas, después de diecisiete, porque son números primos (y habíamos leído por entonces *El diablo de los números*, de Hans Magnus Enzensberger, a quien imaginábamos lamentando eternamente la pérdida en París de una maleta), pero después, por razones orientales, a medio camino entre la Biblia y *Las mil y una noches*, decidimos que fueran veintiuna. La explicación (en cierto modo, otra fábula, casi un esbozo de contracubierta) es la siguiente:

En el primer día de la creación, cuando aún no se distinguían con claridad las palabras de la luz, reunió el creador a las criaturas para contarles una fábula y fue tan ameno el gozo que sintieron, porque las criaturas padecen insaciable sed de maravillas, que, anticipándose a la tradición con que las hermanas pequeñas pedirían nuevas historias cada noche a las mayores, cada atardecer le suplicaban las criaturas al creador que les contara una fábula más que el día anterior y así, propicio y paternal, contó el creador dos fábulas el segundo día de la creación y contó tres fábulas el tercer día, y cuatro el cuarto, y cinco el quinto, y seis, finalmente, el sexto, de modo que, antes de descansar el séptimo día de tanta y tan cruel fabulación, el creador les había contado a sus criaturas las veintiuna fábulas en que la princesa se confunde con la muerte.

Por eso son veintiuna las fábulas que superaron el proceso de selección y que componen la totalidad de *La princesa y la muerte*. Contarlo ahora, sin embargo, no deja de ser una diversión marginal, una concesión a la añoranza, un sucedáneo de las nieves y los soles de antaño.

Plasencia, mayo de 2017

La princesa y la muerte
Gonzalo Hidalgo Bayal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustraciones de la portada y del interior: © Lucas Baró

© Gonzalo Hidalgo Bayal, 2017

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-9066-460-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!



Gonzalo Hidalgo Bayal

LA PRINCESA Y LA MUERTE

Un libro de relatos encadenados para lectores de 8 a 88 años

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES